

# Hombres, Ideas y Libros

Romain Rolland.—Mahatma Gandhi

París.—Librairie Stock, 1924.



É aquí un pequeño libro enorme. Romain Rolland ha levantado un nuevo altar en su panteón de héroes; a las hermosas vidas de Bethoven, de Miguel Angel y de Tolstoy que ya ha historiado, acaba de agregar la de un héroe vivo, Mahatma Gandhi.

En las obras de Romain Rolland no hay por lo común nada de retórica. Romain Rolland no es un literato; es un gran escritor. En el libro que vamos a analizar la ausencia de envoltura literaria es completa. Su grandeza resulta del poderoso soplo espiritual y moral que lo anima. Parece impregnado de legendarias fuerzas místicas, cósmicas y divinas.

Mahatma quiere decir «el hombre que se ha identificado con el ser del Universo» y es el nombre dado por el pueblo de la India a Gandhi, el apóstol de su independencia.

He aquí como describe Romain Rolland a su héroe:

«Un pequeño hombre débil, de ojos tranquilos, de cara enjuta y grandes orejas apartadas; cubierta la cabeza de un bonete blanco, vestido de tosca tela blanca, los pies desnudos; se alimenta de arroz y de frutas, no bebe más que agua, duerme sobre tablas, duerme poco, trabaja sin cesar. Parece que no hubiera que tomar en cuenta su cuerpo. En un principio solo llama la atención en él una expresión de gran paciencia y de gran amor. Recuerda a San Francisco de Asís. Es simple como un niño, dulce y cortés aun con sus adversarios; de una sinceridad inmaculada. Se juzga con modestia; es escrupuloso, hasta el punto de parecer vacilar cuando afirma algo y querer decir «Me he equivocado». No oculta jamás sus errores; no hace compromisos; no tiene ninguna diplomacia; rehuye los efectos oratorios; le repugnan las manifestaciones populares que su persona desencadena. No se siente cómodamente sino en medio de pocos y feliz únicamente en la soledad escuchando «la suave voz silenciosa» que manda.

Este es el apóstol que ha sublevado trescientos millones de hombres, que ha hecho temblar al Imperio Británico y ha inaugurado en la política humana el más poderoso movimiento que se haya visto desde hace cerca de dos mil años.

El Gandhi nació en 1869. Por su familia creció en un medio rico, inteligente y cultivado, pero no de la casta superior. Sus padres pertenecían a la escuela jainista para la cual el amor y no la inteligencia marca la senda que conduce a Dios. Su padre no daba ninguna importancia al dinero, y habiendo gastado casi toda su fortuna en obras de caridad, dejó muy poco a los suyos.

Su madre, severamente religiosa, era una santa Isabel hindú que ayunaba, daba limosnas y velaba a la cabecera de los enfermos. Su primera educación fué confiada a un bramán; y por rebelión contra el hinduismo idólatra y degenerado, pasó, mientras estaba en la escuela por una grave crisis religiosa. Se creyó ateo y llegó a comer carne a hurtadillas: un horror, el más temible sacrilegio para un hindú.

De novio a los ocho años, se casó a los doce. A los diecinueve se fué a estudiar derecho a la Universidad de Londres. Cosa curiosa: solo en Londres vino a conocer a Bhagavad Cita, que le encantó, le devolvió la fe y le hizo ver que para él la salvación estaba en la religión hindú.

Volvió a la India en 1891 y entró a ejercer la profesión de abogado en Bombay; pero luego renunció a ella por juzgarla inmoral. En Bombay conoció al parsi Dadabhai, de quien recibió la primera lección práctica de *Ahimsa* en la vida pública, o sea la pasividad heroica, el empuje apasionado del alma que opone al mal no el mal sino el amor.

La acción pública de Gandhi puede dividirse en dos periodos: de 1893 a 1914 tiene por teatro el Africa del Sur; después de 1914 se ejercita en la India.

•Que esta acción de veinte años en Sud-Africa no haya tenido más resonancia en Europa, dice Rolland, es una prueba de la increíble estrechez de horizonte de nuestros políticos, de nuestros historiadores y pensadores, de nuestros hombres de fe; porque se trata de una epopeya del alma, sin igual en nuestro tiempo, no solo por la facultad y constancia del sacrificio que requirió como asimismo por la victoria final que la coronó.

—¿Qué decir de lo que ocurre entre nosotros? Limitados por lo general a las frívolas noticias de la prensa diaria nada sabemos de cosas trascendentales como estos movimientos llevados a cabo por Gandhi. La obra de Romain Rolland nos hace ver el hondo carácter religioso que tienen y como en nuestros días soplan vientos mesiánicos en algún gran país de la tierra.

De 1890 a 1891 se encontraban establecidos en el Africa del Sur al rededor de 150,000 hindúes que eran víctimas de impuestos abrumadores, de humillantes obligaciones de policía, de lynchamientos, de saqueos y de toda clase de atroces persecuciones.

Gandhi ignoraba estas cosas. En 1893 fué a Sud-Africa llamado para defender en Preforia una causa importante. Entonces experimentó en su propia carne las crueldades que habían venido sufriendo sus compatriotas. Fué arrojado de los hoteles y de los trenes, insultado, golpeado.

Terminado su contrato, en lugar de regresar a la India, se quedó para consagrarse a la reivindicación de los derechos de los asiáticos. Agrupó a los hin-

dúes en colonias agrícolas, los hizo aceptar votos de pobreza y vivió como ellos. Su actividad ante el Gobierno era la resistencia, la lucha religiosa; pero su doctrina de perdón y amor le hacía acudir en auxilio de sus perseguidores cada vez que éstos se hallaban amenazados por alguna desgracia. En 1899, durante la guerra de los boers, formó una Cruz Roja india. En 1904 estalló la peste en Johannesburgo; Gandhi organizó un hospital. En 1906 se sublevaron los indígenas del Natal. Gandhi tomó parte en la guerra a la cabeza de un cuerpo de enfermeros y el Gobierno de Natal le dió las gracias públicamente.

Estos servicios caballerescos no desarmaban el furor xenófobo. Gandhi fué encarcelado varias veces, condenado a trabajos forzados, apaleado por el populacho. Él no perdió jamás la fe; a la violencia opuso siempre el amor heroico. Al fin, después de veinte años de lucha, el Gobierno tuvo que ceder. Las medidas contra los asiáticos fueron derogadas casi en su totalidad. La resistencia había triunfado.

Gandhi volvió a la India con el prestigio de un jefe.

El movimiento de independencia nacional se anunciaba ahí desde principios del siglo. Se acentuó en tiempos de la guerra europea. El Gobierno inglés hizo concebir en varias ocasiones la esperanza que después de esa «guerra del derecho» la India obtendría el *Home Rule* anhelado. La India suministró 985,000 hombres y entre ellos Gandhi que volvió a prestar una vez más a Inglaterra el concurso de su lealtad.

La India esperó confiada el precio de su fidelidad.

El despertar fué terrible. Hacia fines de 1918 había pasado el peligro y se borró la memoria de los servicios prestados. Hecho el armisticio, el Gobierno no se tomó el trabajo de fingir. Lejos de acordar nuevas libertades a la India, fueron suspendidas las que existían.

Un sobresalto de indignación sacudió a la India desengañada. La rebelión comenzó. Gandhi fué su organizador y, dado su temperamento, ha tenido fundamentalmente una base religiosa. Pero la religión de Gandhi, el hinduismo en que cree con fervor, no desoye los dictados de su conciencia y de su razón. «Yo no haré un fetiche de mi religión, ha dicho, y no excuso ningún mal hecho en su nombre. No tengo ningún deseo de arrastrar a nadie conmigo sino puedo apelar a su razón. Llegó hasta rechazar la divinidad de los más antiguos *Shas-tras* si estos no convencen a mi razón.»

No permite tampoco a su religión ningún exclusivismo. «No creo, ha expresado, en la divinidad exclusiva de los Vedas. Creo que la Biblia, el Corán y el Zend-Avesta han sido tan divinamente inspirados como los Vedas. El Hinduismo no es una religión misionera. Hay lugar en él para la adoración de todos los profetas del mundo. El aconseja a cada cual adorar a un Dios según su propia fe o *Dharma*, y así vive en paz con todas las religiones».

Pero no sólo esto. Gandhi se ha inspirado en el Nuevo Testamento, en Tolstoy; y ha traducido a Ruskin y a Platón.

Acepta Gandhi el régimen de las castas como una división de deberes entre iguales; pero protesta contra la iniquidad de la existencia de los parias. «Quisiera,

ha dicho, ser despedazado antes que dejar de reconocer hermanos en las clases proscritas. No deseo renacer, pero si renazco quiero que ocurra entre los *intocables*, a fin de participar de sus afrentas y trabajar en su liberación».

La influencia de Tolstoy ha sido manifiesta en la condenación de la civilización europea por parte de Gandhi. El conflicto europeo ha hecho que tenga acentos apocalípticos a este respecto. «La última guerra, son sus palabras, ha mostrado la naturaleza satánica de la naturaleza satánica de la civilización que domina a la Europa de hoy día. Todas las leyes de la moralidad pública han sido rotas por los vencedores en nombre de la virtud. Ninguna mentira ha sido considerada demasiado innoble para ser utilizada. Detrás de todos los crímenes el motivo es groseramente material. La Europa no es cristiana; adora a Mamón.»

Consecuentemente Gandhi no quiere que la India haga suyo o mantenga el progreso europeo, sino que vuelva a su simplicidad antigua.

Se ha dicho que los medios puestos en práctica por Gandhi para alcanzar la autonomía de la India son los de la resistencia pasiva. Nada más lejos que esto. Gandhi es un luchador infatigable. El predica la *resistencia activa*, la energía inflamada por el amor, la fe y el sacrificio. Tal es la *Satyagraha*.

Que el cobarde no venga a abrigar su poltronería a la sombra de un Gandhi. Gandhi lo arroja de su comunidad. Más vale el violento que el cobarde. «Yo cultivo, son las palabras del profeta, el valor tranquilo de morir sin matar. Mas para quien no tenga este valor, deseo que cultive el arte de matar y de ser muerto antes de huir vergonzosamente del peligro... Preferiría mucho más ver a la India recurrir a las armas para defender su honor, que permanecer en actitud cobarde siendo testigo de su propio deshonor... Pero, agrega, yo sé que la no-violencia es infinitamente superior a la violencia, que el perdón es más viril que el castigo. El perdón es el lujo del soldado. Pero abstenerse de castigar no es perdón, sino cuando se tiene el poder de castigar. No tiene ningún sentido practicado por una criatura impotente. No creo a la India impotente. Cien mil ingleses no pueden asustar a trescientos millones de seres humanos. Por lo demás, la fuerza no se encuentra en los medios físicos: ella reside en una voluntad indomable. No-violencia, no significa sumisión benévola al malhechor. La no-violencia opone toda la fuerza del alma a la voluntad del tirano. Un solo hombre puede así desafiar a un imperio y provocar su caída.»

¿Y a qué precio se consigue esto? Al del sufrimiento.

Toda el alma de Gandhi está en las siguientes palabras:

«El sufrimiento la insignia de la especie humana, la condición indispensable del ser. La vida sale de la muerte. Para que el trigo fructifique es menester que la semilla perezca. Nadie se ha elevado jamás sin haber pasado por el fuego del sufrimiento. El progreso no consiste sino en purificar el sufrimiento, evitando el hacer sufrir. Mientras más puro es el sufrimiento personal, más grande es el progreso. La no-violencia es el sufrimiento consciente. Me permito presentar a la India la antigua ley del sacrificio de sí mismo, la ley del sufrimiento. Los *Rishis* que descubrieron la ley de la no-violencia en medio de las peores violencias, fueron más grandes genios que Newton, más grandes guerreros que Wellington; han puesto de

manifiesto la inutilidad de las armas que habían conocido. La religión de la no-violencia no se ha hecho únicamente para los santos. Es la ley de nuestra especie así como la violencia es la ley de los brutos. El espíritu duerme en el bruto. La dignidad del hombre reclama una ley más alta: la de la fuerza del espíritu. Quiero que la India practique esta ley, quiero que ella tenga conciencia de su poder. Ella posee un alma imperecedera. Esta alma es capaz de desafiar a todas las fuerzas materiales del mundo entero.»

«Si la India hiciese de la violencia su fe, no me importaría ya vivir en mi país y dejaría de inspirarme un sentimiento de orgullo pertenecer a él. Mi patriotismo se halla subordinado a mi religión; me adhiero a la India como un niño al seno maternal porque siento que ella me dá el alimento espiritual que necesito. Si este alimento me faltara sería yo como un huérfano... Me retiraría a las soledades del Himalaya para esconder ahí mi alma que estaría manando sangre.»

Palabras de inspiración ultra terrena. Todas han sido confirmadas por los hechos del propio Gandhi, y, cosa admirable, sus consecuencias han significado también en gran parte una verificación de lo que él había anunciado.

Gandhi quiso en un principio cooperar con el gobierno inglés; pero una ley injusta provoca la no-cooperación y el desobedecimiento de la ley. Como no fuera reparada la injusticia, la desobediencia se extendió a otras leyes.

Gandhi había inaugurado el movimiento con un día de oración y ayuno en toda la India, un *Hartal* (6 Abril 1919). Era la manifestación de un pueblo que se ofrecía en sacrificio por los bienes eternos de la justicia y de la libertad.

Fué un acto de enorme trascendencia. Todas las clases de la India se unieron en un sólo gesto.

Pero el hecho fué seguido de acontecimiento horriblemente trágicos.

En todas partes había habido calma. Sólo en Delhi ocurrieron algunos desórdenes. Gandhi se dirigió allá para ilustrar al pueblo sobre sus deberes. El gobierno lo hizo detener en el camino y volver preso a Bombay. La noticia de su detención produjo asonadas populares en el *Penjab*. Hubo en *Amritsar* saqueos y algunas muertes. El general *Dyer* llegó con tropas y ocupó la ciudad. El orden quedó totalmente restablecido. A los dos días debía tener lugar una gran fiesta *Hindú*. La multitud tranquila y formada en gran parte de mujeres y niños se dirigió al lugar tradicional. El general había prohibido todo *meeting* por una orden de la noche anterior; pero nadie tenía conocimiento de tal orden. El general vino con ametralladoras al lugar de la fiesta. Ninguna intimación previa fué hecha y treinta segundos después de la llegada de las tropas se abrió el fuego sobre la muchedumbre indefensa. Duró diez minutos hasta que se agotaron las municiones. El terreno estaba rodeado de altas murallas; la fuga era imposible; de quinientos a seiscientos *hindúes* fueron muertos y muchos más quedaron heridos. La ley marcial fué proclamada en el país. Un régimen de terror aplastó al *Penjab*. Aviones arrojaban bombas sobre multitudes desarmadas. Los más honorables ciudadanos fueron arrastrados ante tribunales militares, obligados a arrastrarse de vientre por el suelo, azotados, sometidos a vergonzosas humillaciones. Se habría dicho que un viento de locura soplaba entre los dominadores ingleses. Como si la ley de no-

violencia, proclamada por la India, hubiera tenido como primera consecuencia, dice Romain Rolland, exasperar a los violentos de Europa hasta el frenesí. Gandhi no lo ignoraba. No había prometido a su pueblo llevarlo a la victoria por una senda blanca. Le había prometido la vía sangrienta.

«Debemos estar prontos, les dijo, a mirar con igualdad de alma no solo mil asesinatos de hombres y mujeres inocentes, sino muchos millares antes de que la India alcance en el mundo el rango en que no será jamás superada... Que cada cual contemple el ser ahorcado como un asunto ordinario de la vida.»

Gandhi no reclamó venganza alguna. «No se puede tener rencor contra un loco, decía; pero es menester quitarle los medios de hacer mal.» Pedía que se retirara al general Dyer; pero los culpables fueron no solo mantenidos en sus puestos sino recompensados.

Se agregó a las dificultades de la situación anterior el movimiento unánime de los musulmanes, que se quejaban también de falta de cumplimiento de las promesas que les hiciera el gobierno inglés antes de la guerra. Mahometanos e hindúes se unieron en un solo block y, perdida toda esperanza de reforma y de justicia, acordaron a mediados de 1920 la no-cooperación.

Gandhi predicó insistentemente que debía llevarse a cabo sin ninguna violencia; le causa horror el desorden, la *mobocracia*, la indisciplina de las masas. Gandhi envió al virrey todas las condecoraciones y títulos de honor que había recibido del gobierno inglés. Su ejemplo fué seguido. Centenares de magistrados presentaron su dimisión. Millares de estudiantes se retiraron de los colegios. Los tribunales fueron abandonados.

Atendiendo a la salud de la raza era menester formar ligas de temperancia contra «La maldición de las bebidas». Fueron boicoteados los vinos de Europa. Gandhi tuvo que impedir que las multitudes cerraran por fuerza o saquearan almacenes de bebidas.

Para asegurar la independencia económica nacional recomienda el apóstol, la restauración de la antigua industria doméstica de los tejidos a la ruca. Hindúes y musulmanes unidos en fervor nacionalista declaran la guerra a las telas extranjeras y no llevan más que las tejidas en el país. En Bombay, en Agosto de 1921, se forman inmensas hogueras de telas riquísimas y, como en los tiempos de Savonarola, se queman en medio del alborozo de las multitudes.

Gandhi ha querido además que su país sacuda el yugo de la cultura europea. Ha fundado la universidad popular de Gujerat; ha creado un instituto para formar profesores que son verdaderos monjes animados del más espiritual celo nacionalista y religioso. Para hacer la India nueva ha querido formar una legión sagrada de apóstoles. Gandhi no es como nuestros revolucionarios europeos, dice Rolland, un fabricante de leyes y decretos. El es cincelador de una nueva humanidad.

El año 1921 marca el apogeo del ascendiente de Gandhi. El pueblo lo venera como a un santo y el Congreso Nacional de toda la India lo inviste de plena autoridad; le delega sus poderes con la facultad de elegirse un sucesor. Es el conductor no discutido de la nación hindú. Depende de él desencadenar la revolución política; pero no lo hace.

Es año, sin embargo, de sacudidas violentas. La rebelión fermentaba y las represiones brutales del gobierno no hacían más que precipitar su ritmo.

Con motivo de la llegada del Príncipe de Gales a Bombay el populacho atacó a los elementos oficiales y de las clases altas que querían festejarlo. Hubo saqueos, muertos y heridos. Gandhi se sintió, como él lo expresó, transpasado de dolor por estos sucesos. Acudió a impedirlos hasta donde pudo y, para castigarse él mismo por las violencias de los demás, se impuso un ayuno religioso de veinticuatro horas por semana.

Vinieron nuevas medidas de represión por parte del gobierno; las prisiones se llenaron con millares de inculpados.

El entusiasmo para engrosar las filas se intensificó en los hindúes. Una nueva huelga solemne de carácter religioso fué proclamada para el día de la llegada del Príncipe de Gales a Calcuta y el Príncipe atravesó la ciudad por calles desiertas.

El Congreso Nacional de toda la India confirmó la doctrina de la no-cooperación, invitó a todos los ciudadanos a ofrecerse como voluntarios a fin de que fueran arrestados, los invitó a organizar *meetings* en todas partes, proclamó su fe en la desobediencia civil, igual en fuerza y superior en humanidad a la rebelión armada.

Fué rechazada una moción que pedía la implantación de la acción violenta para llegar lo más pronto a la independencia completa de la India.

Estaba a punto Gandhi de lanzar la desobediencia en masa y así lo había comunicado en una carta al virrey, cuando un nuevo hecho sangriento lo detuvo. Policiales que habían atacado a la multitud en una procesión fueron acometidos a su vez y obligados a refugiarse en sus cuarteles. La muchedumbre les prendió fuego a éstos y los policiales fueron sacrificados sin misericordia. Fué la tragedia de Chauri-Chaura.

A Gandhi no le tocaba ninguna responsabilidad en el hecho; pero asumió la responsabilidad y suspendió su acción revolucionaria.

Las palabras que lanzó en esta ocasión rebosan unción religiosa admirable. Para castigarse por el crimen de su pueblo decreta para sí mismo un ayuno continuo de cinco días. Gandhi desearía sufrir el solo por ellos; pero aconseja a los culpables entregarse al gobierno y confesar, porque han hecho un mal terrible a la causa que querían servir. «Quisiera sufrir todas las humillaciones, todas las torturas, el ostracismo absoluto y aún la muerte para impedir que nuestro movimiento se convirtiera en violencia o precursor de violencia.»

Vuelve a condenar la violencia cuando ve que se acerca la hora de su propia prisión. «Que el pueblo considere el día de mi arresto, dice, como un día de regocijo». El más bello testimonio de honor que el pueblo puede rendirle en esa ocasión, según él, es conservar una paz perfecta. Así irá a la victoria.

Fué encarcelado en Marzo de 1922. Se le acusaba de todo el movimiento de desafección contra el gobierno, de los sucesos sangrientos de Bombay y Chauri-Chaura y de algunos artículos recientes. En uno de ellos decía: «No hay compromiso posible con el Imperio mientras el león británico nos amenace con sus garras sangrientas. El Imperio Británico, levantado sobre la explotación organizada de las razas físicamente más débiles de la tierra y sobre un despliegue convencional de

fuerza bruta, no puede durar si existe un Dios justo que gobierne el universo. Ya es tiempo de que el pueblo británico se dé cuenta de que el combate empezado en 1920 es un combate hasta el fin, ya dure un mes o un año, meses o años. Ruego a Dios que dé a la India humildad y fuerza suficientes para permanecer no violenta hasta el fin; pero someterse a estos insolentes desafíos es imposible.»

Gandhi aceptó la acusación en todas sus partes. Mostró en seguida porqué de leal cooperador al régimen británico se había convertido en no-cooperador intransigente. Pintó su vida pública desde 1893. «¡Cuánto había tenido que sufrir como hindú! Veinticinco años luchó por mejorar el régimen británico creyendo posible su perfeccionamiento sin separar a la India del Imperio. Pero desde 1919 los ultrajes y las injusticias han sobrepasado la medida. Y el gobierno, en lugar de repararlas, ha honrado, pensionado y recompensado a los culpables: supremo desafío a la conciencia de la India. Ya las reformas mismas propuestas por Inglaterra serían mortales para la India.»

El gobierno reposa sobre la explotación de las masas. La ley está hecha para favorecer esta explotación. La administración de la ley se halla prostituida al servicio de los explotadores. Un sistema sutil y eficaz de terrorismo ha envilecido al pueblo, le ha enseñado el disimulo. La India está arruinada, hambrienta, degradada... Ninguno de los gobiernos que la han oprimido le ha hecho tanto mal como Inglaterra. La no-cooperación con el crimen es un deber. «Señores jueces, terminó, dimitid o castigadme.»

Fué condenado a seis años de prisión. La sentencia fué recibida con religioso silencio por toda la India. Millares de indios fueron encarcelados en seguida y aceptaron su destino con tranquila alegría.

El desenlace del drama queda pendiente. Mientras tanto, la no-violencia ha sido enseñada a la humanidad con el ejemplo de los más cruentos sacrificios, como el único camino digno que se debe seguir, como la primera condición de toda vida espiritual.

Y termina Romain Rolland:

«Las grandes apariciones religiosas en el Oriente tienen un ritmo. Una de dos: o la de Gandhi vencerá, o se repetirá, como se han repetido el Mesías y Buda, hasta la encarnación completa en un semi-dios mortal del principio de vida que llevará hacia la nueva etapa de la humanidad nueva.»